

Jacinto

Rómulo S. Naón.

JORGELINA

(POEMA)

CON UNA CARTA LITERARIA

DE

J. J. GARCÍA VELLOSO



Madrugada Chimento
Magdalena Chimento

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE JUAN A. ALSINA, MÉXICO 1422.

1891.

LA FARELLINA

POEMA de

Simón S. Saion

à lo lejos solitaria y triste,





DEDICADO

Á MIS

QUERIDOS PADRES

EN TESTIMONIO

DE

Veneración y de Cariño.

RÓMULO S. NAÓN.

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY



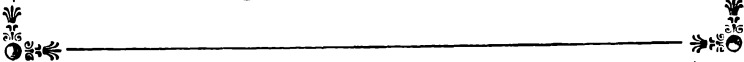
CARTA LITERARIA

Á RÓMULO S. NAÓN

Mi querido amigo y discípulo: acabo de leer detenidamente tu primer ensayo poético, titulado *Jorgelina*, y obedeciendo á los deseos que en ocasiones diversas me has manifestado, voy á decirte con franqueza la opinión que tu obra me merece.

Aun tratándose de principiantes soy, como ya te consta, enemigo de críticas retóricas: á las estrechas y siempre estériles de La Harpe y Herosilla, prefiero esas que yo llamo íntimas, es decir, críticas á lo Stendhal y Taine, que buscan en los trabajos literarios, no tanto la absoluta corrección de la forma, cuanto el alma, los pensamientos y las pasiones del autor.

Por otra parte, como tampoco soy, lo mismo en la teoría que en la práctica, ni guardador escrupuloso de la tradición clásica, ni entusiasta decidido de los delirios románticos, ni del todo contrario al *Syllabus* de la escuela naturalista, habia de vernie en grandes apuros para explicarte, al correr de la pluma, las razones que abonan mi eclecticismo, tan rudamente combatido por quien no me entiende, ó no me quiere



entender, y que se halla encerrado en esta fórmula sencilla: seamos al escribir, discípulos apasionados de los grandes clásicos griegos y latinos, pero hijos legítimos de la edad presente.

No es este lugar ni momento oportunos para discurrir ampliamente sobre materia tan árdua é intrincada de suyo, así es que dejó la tarea para ocasión más propicia, pasó á decirte que la lectura de tu pequeño poema, prescindiendo de otros de sus defectos, trae inmediatamente á la memoria el nombre de uno de los más grandes poetas de la España contemporánea; de uno de esos hijos predilectos de las musas que mejor han sabido traducir en versos inmortales, todas las ansias del ideal, todas las pesadumbres del espíritu, todas las luchas de la inteligencia, todas las dudas que atormentan á este arruinado siglo en que vivimos: el nombre del ilustre Don Gaspar Nuñez de Arce.

Digno de loa y no de censura es que para imitar te hayas enamorado de tan perfecto modelo: bueno es que un poeta joven como tú, busque en el autor del *Ilíseo* formas de voluptuosa esbelteza para sus primeras creaciones, y que tus cantos broten al calor de las ideas de tan egregio maestro, como brotan los capullos de las flores primaverales á los rayos del sol; pero no es ese, indudablemente, el camino que debes recorrer en lo sucesivo, si como yo creo, cifras tus generosas ambiciones en algo más plausible que cruzar los espacios del arte como astro que brilla con luz prestada, y aspiras á enorgullecerte con algo más fecundo y positivo

que vivir como esos organismos enclenques que se alimentan con la ajena y no con la propia sustancia.

Opino que la verdadera misión de los poetas modernos, y muy especialmente de los poetas americanos, debe ser, no la de los pobres y desairados imitadores, sino la de aquellos otros artistas que, con rasgos de fondo y forma, esencialmente originales, pugnan por sorprender las palpitaciones impetuosas, las intimidades y los delicados pormenores de la vida individual y colectiva de la tierra en que nacieron, y que enérgicamente animados por el cariño á la patria, en ella se inspiran para presentarse con fuerzas hercúleas y robustas, imprimiendo sello propio y vigoroso á su personalidad literaria.

En *Jorgelina*, desgraciadamente, nada de eso último se encuentra, pero en cambio se nota con gusto que el amor y la fé son los dos estímulos que han arrancado á tú lira, ceñida con guirnalda de siemprevivas, acentos puros y delicados.

Siempre he creído que la vida y los versos del poeta lírico van tan estrechamente unidos, como el espejo y la imagen reflejada, y he creído más: he creído que en la edad joven es cuando la vida de los grandes genios se relaciona más directamente con sus producciones. Pudiera decirse que sus obras no son otra cosa que la transfiguración artística de su espíritu.

Por eso se ve que los resortes que agitan tu sensibilidad, son los del primer amor que á todo joven inspira una mu-

jer hermosa; amor profundo y melancólico como el que Leopardi canta en *La noche del día de fiesta* y recuerda y bendice en la *Vida solitaria*: dos himnos de pasión sublime en los cuales el poeta y filósofo de Recanati, evoca las sombras adoradas de Sylvia y de Nerina, nacidas como él al dolor y muertas en el esplendor de sus primeros años.

Jorgelina, dentro por supuesto de la órbita en que se mueven las obras de un principiante, es un pequeño poema de trama sencilla, en el que manteniéndose su autor en los puros éxtasis de la idealidad, nos presenta la historia de un amor íntimo, pero tranquilo, y en el cual, antes que los vértigos de la pasión, y los momentáneos arrebatos del placer sensual, busca el hombre la dicha en el beso de dos miradas, ó como dijo el Petrarca: «en el tierno pacto de dos lágrimas».

Aplaudo, pues, amigo Naón, y miro con simpatía y regocijo las tendencias de tu éstro poético, no solo porque en *Jorgelina* se revela digno de estímulo, sino por presentarse en esta época de abatimiento y decadencia moral, como un nuevo heraldo del amor cristiano: de ese amor estético que tanta falta nos hace para depurar nuestros afectos, embellecer nuestras contemplaciones y llevar á los altares de la literatura contemporánea, la augusta imágen de la belleza, bañada por el resplandor de un rayo celeste; y no la hetáira unguida con todas las embriagadoras esencias de un erotismo bizantino que, con el fuego de sus ojos, alumbra hoy la desolación de las almas, á la manera de

esas últimas llamaradas del incendio que entristecen con sus proyecciones siniestras la desolación del templo que van poco á poco devorando.

No puedo ni debó extenderme más, pero para concluir te recomendaré con nuevo empeño que cuando escribas procures unir el sentimiento al estudio, la inspiración al arte, pues si bien noto en *Jorgetina* un raro talento descriptivo y copiosos raudales de imaginación y de ternura, el lenguaje no tiene la suficiente nitidez, y la versificación, aun cuando fácil y llena de frescura, es en ocasiones incorrecta. Creo que los versos, para ser sonoros, no necesitan de la palabrería, ni para ser amenos el follage de epítetos innecesarios, pero juzgo que si el artista ha de colocarse á la altura del poeta, y el poeta al nivel del pensador, debe en sus obras acusar, sin avergonzarse, el empleo constante de la lima, corrigiendo minuciosamente hasta los más pequeños defectos de forma, del mismo modo que los escultores pulen el mármol de sus estatuas más celebradas. Esto no quiere decir que yo prefiera la gallardía del metro á la profundidad del concepto, el ritmo de la frase á la novedad de la idea, máxime si se considera que el estilo puede ser noble y abundante en floridos atavíos, sin llegar á lo artificioso, y que se puede rendir culto á la forma, como lo han hecho todos los grandes poetas, sin caer en la afectación.

Juzgo, pues, amigo Naón, que mis esperanzas van convirtiéndose en realidades, y que al saludarte no hace mucho

tiempo como un joven de excepcionales aptitudes para el cultivo de la poesía, no me cegaba la pasión del maestro, que mira con cariño de padre, los progresos de su discípulo predilecto.

Aseguran los miopes de entendimiento que en la mayor parte de mis críticas literarias escasea la severidad y rebosan los encomios y las alabanzas, pero como de ello me envanezco, me declaro una vez más, pecador impenitente. Prefiero mis labios, abiertos antes al elogio que á la mordacidad, y al de censor rígido, prefiero y preferiré siempre cargar con el sambenito de panegirista.

Los que bajo ese punto de vista me motejan, desconocen tal vez que esa mi bondad de ánimo, y esos sentimientos hidalgos y generosos, no los empleo en encumbrar el vicio, ni en adular á los poderosos de la fortuna, sino que tienden á estimular el alma de la juventud argentina, á fin de que apartándose en todo lo posible de la abrasada y movediza arena de la política, donde no se recogen más que ingraticudes y desengaños, vuelva los ojos á la serena contemplación de la belleza y se refugie en el grande y sublime amor de los estudios artísticos, sin los cuales no hay para los pueblos sentido moral, orden sólido, ni libertad verdadera.

Te saluda con el afecto de siempre tu S. S. y amigo.

J. J. GARCÍA VELLOSO.

Buenos Aires, Agosto 12 de 1891.



Jorgelina.

4

4





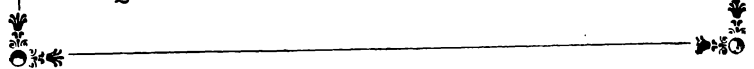
JORGELINA.

I.

ALLÁ á lo lejos solitaria y triste,
Do la natura viste
Con sus dones espléndidos la tierra,
Destacábase blanca cual gaviota,
Una casita ignota
Que hoy una historia de dolor encierra.

II.

Allí no se escuchaba el vocerío
Abrumador é impío,
Que hiela en la ciudad los corazones,
Sino el dulce trinar de pajarillos
Amantes y sencillos,
Que cuidan su nidal y sus pichones.



III.

Era morada de una pobre anciana,
 Á quien la suerte insana,
Sumerjióla en un mar de sinsabores;
Mísero resto de una gran fortuna,
 Que recibió en la cuna,
Entre mentidas pompas y entre honores.

IV.

Es el recuerdo de pasada gloria,
 Que trae á la memoria
De esta vida de llanto, las tristezas,
Monumento dó aprende el caminante
 Del mundo la aterrante
Maldecida perfidia y sus vilezas.

V.

¡Cuántas veces extático, arrobado,
 Contemplando azorado
Aquel poema de inmortal recuerdo,
Conmovido por tristes emociones,
 En hondas reflexiones
Pesaroso y frenético me pierdo!

VI.

Cuántas veces también, entristecido,
Recordando abatido
El venerable rostro de la anciana,
He enjugado una lágrima tremante,
Que pugnaba incesante
Por saltar de mis ojos inhumana.

VII.

Y sufriendo, ¡sufriendo inmensamente,
Con el dolor que siente
El que perdidas vé sus ilusiones,
Como el que nada sobre el mundo espera,
Y loco desespera
Bebiendo siempre amargas decepciones!

VIII.

He llorado la suerte maldecida
De la anciana querida,
Manantial de bondad y de ternura,
Que en medio de sus crueles desengaños,
Tendía á los extraños
Su compasiva mano con dulzura!

IX.

Un solo ser, calmaba el sufrimiento
Acerbísimo y cruento
Que de la anciana el corazón partía:
Era su hija *Jorgelina*, hermosa
Cual la fragante rosa
Que entreabre su capullo al nuevo día.

X.

De alabastrina frente y labios rojos;
Tenuísimos sonrojos
Velaban sus mejillas divinales,
Y la ingénua expresión de su mirada,
Irradiaba encantada
De ternura, magníficos raudales.

XI.

Aún me parece verla, era una diosa,
Su voz pura, armoniosa,
A otros mundos, feliz me trasportaba,
Y frenético, y loco, y delirante,
Mi corazón amante
Sus raros dones con placer cantaba.

XII.

Contaba apenas quince primaveras
Que cruzaron ligeras
Como una exhalación, por su cabeza;
Y al lado de su madre, hora por hora,
Libó la abrumadora
Copa de la amargura y la tristeza.

XIII.

¡Oh! ley inescrutable del destino
Prodijioso y divino,
Tu invencible poder, me causa miedo.
En vano es que haga esfuerzos sobrehumanos
Por saber tus arcanos!
¡Desgraciado de mi, que nada puedo!

XIV.

De la casa á lo lejos, se domina
En la villa vecina
Una vetusta iglesia, circundada
De inmensos y derruidos caserones,
Sólidas construcciones,
Viejos recuerdos de la edad pasada.

XV.

Es el lugar donde por vez primera,
El astro rey hiriera
De mis ojos de niño, la pupila,
Allí mecióse mi amorosa cuna,
Y la argentada luna
Con fulgores gratísimos rutila.

XVI.

Allí la anciana y *Jorgelina* oraban,
Y al cielo demandaban
Para sus penas, celestial consuelo.
Inundados en lágrimas sus ojos,
Y postradas de hinojos,
Deploraban su acerbo desconsuelo.

XVII.

Una vez, al entrar al templo santo
Con relijioso encanto,
Para elevar mis preces tiernamente,
Ví salir á una anciana, que agobiada,
Y en el brazo apoyada
De una doncella, andaba lentamente.

XVIII.

Su indescriptible y célica hermosura,
La luz fulgente y pura
Que irradiaban sus ojos celestiales,
Con destellos sublimes de inocencia,
¡Ay! ató á su conciencia
Mi conciencia, con lazos divinales.

XIX.

Impulso extraño, fuerza portentosa,
Ignota y prodigiosa,
Me obligó á abandonar la iglesia aquella.
Seguí á mi dulce bien con la mirada,
Y su lenta pisada,
Del sufrimiento me marcó la huella.

XX.

En voz baja la anciana y *Jorgelina*,
Mirando la divina,
Sacra y celeste bóveda del cielo,
Hablaban... ¿mas de qué?... no lo he sabido,
Se hablaban al oído,
Tal vez de su dolor y desconsuelo.

XXI.

Por fin, al pie de una pequeña loma,
En cuya cumbre asoma
Como recuerdo de un pesar profundo,
La morada de mi última esperanza,
Que hoy, doliente, no alcanza
Mi corazón, en el desierto mundo:

XXII.

Detuvieron su paso reposado,
Y sentándose al lado
De un naranjal que el tiempo envejeciera,
Dejaron divagar breves instantes
Sus miradas errantes,
Por las llanuras que el verdor cubriera.

XXIII.

Con paso vacilante y atrevido,
Me acerqué confundido
Al lugar en que alegres reposaban
Contemplando el azul del firmamento,
Y fijo el pensamiento
En el Dios invisible que adoraban.

XXIV.

Ella, el encanto de mi triste vida,
Ella, la bendecida,
La dulce imagen del amor que lloro,
Volvió al sentirme su mirada ardiente,
Paróse de repente,
Flotando al aire sus cabellos de oro.

XXV.

Habló á la anciana y ésta con sorpresa,
Volviendo la cabeza
Me inquirió la razón de mi presencia.
Yo, con acento de dolor vibrante,
Le contesté al instante
Diciéndole del hado la inclemencia.

XXVI.

Voy, la dije, buscando peregrino
De la dicha el camino
Que de niño perdida el pecho llora,
Voy buscando algún alma compasiva,
Que amortigüe la viva
Y bárbara aflicción que me devora.

XXVII.

Me ha asediado el dolor y en mi delirio,
La copa del martirio.
Apuré desdichado hasta las heces;
Siempre el pesar tenaz me ha perseguido,
Y triste y afligido,
He pensado en la muerte muchas veces!

XXVIII.

Mis ojos son un manantial de llanto;
De mi fatal quebranto,
Se ha mofado insensato el necio mundo.
Nadie comprende mi dolor acerbo,
Y así, como un protervo,
Ah! cruzo solo éste sendero inmundo!

XXIX.

Cinco años apenas yo contaba,
Y recién comenzaba
Á trasponer del mundo los umbrales;
Y en medio de mis juegos infantiles,
Ignoraba sus viles
Engaños, sus tristezas y sus males:

XXX.

Quando el fantasma de la muerte odiable
Agitó inexorable
Sobre mi hogar, sus renegridas alas;
Y murieron mis padres y con ellos,
Murieron los destellos
De la dicha en mi hogar, todas sus galas.

XXXI.

Nadie tendióme compasiva mano,
Arrostrando mi humano
Corazón los dolores del desprecio,
Y á mi pesar inmenso, indescriptible,
Á mi desgracia horrible,
Solo desdén opuso el mundo necio.

XXXII.

Hoy, descreído y viejo á los veinte años,
Tan solo desengaños
Mi desdichado corazón ha visto.
¡Ten piedad, ten piedad de mis pesares!
¡Tan tetricos azares
Yo no sé inmenso Dios como resisto!

XXXIII.

La anciana entonces triste y conmovida
Me atrajo á sí aflijida
Y recostó mi frente en su almo pecho.
Cese tu llanto, dijo, no deploras
Pasados sinsabores,
Yo también tengo el corazón deshecho.

XXXIV.

Ella, la encantadora *Jorgelina*,
La estrella que ilumina
Con la luz del recuerdo aquella escena,
Me dijo: calma tu dolor profundo;
Yo también vine al mundo
Para sufrir aborrecible pena.

XXXV.

Y cojiendo mi mano, cariñosa
Me condujo amorosa
Al lado de la anciana, que arrobada
Contemplaba aquel cuadro sollozante:
Sé tú la madre amante;
Dios lo dispone así, madre adorada.

XXXVI.

Desde hoy tendré un hermano madre mía,
 'Con él nuestra alegría
Y las penas también compartiremos.
Subirán á Dios juntas nuestras preces,
 Para tí que padeces,
Consuelo celestial le pediremos.

XXXVII.

Entonces madre, oirá nuestras plegarias,
 Nuestras desdichas diarias
Calmará su piedad inagotable,
Y volverá á brillar en nuestros pechos
 Por el pesar deshechos,
Sacro placer, purísimo inefable.

XXXVIII.

Yo tendré en él un cariñoso hermano;
 Le tenderé mi mano
Y te querremos madre con locura;
Mira: el placer en su semblante brilla
 Y su expresión sencilla
Su gratitud retrata con ternura.

XXXIX.

Yo me arrojé á sus plantas sollozando,
Y loco, delirando,
«Gracias» mi labio balbuceó ferviente.
Ella enjugó una lágrima en mis ojos;
Con fingidos enojos:
Yo no soy Dios, me dijo dulcemente.

XL.

La anciana contemplaba enternecida
La escena, y conmovida:
Un hijo más tendré, gracias Dios mío.
Dos seres que compartan mis pesares,
Que escuchen los cantares
De mis canoras aves en estío.

XLI.

Así habló, y caminando lentamente,
Con la voz febriciente
Vamos á casa, dijo: ¡hijos del alma!
Y daremos allí gracias al cielo
Con fervoroso anhelo,
Entre fulgores de indecible calma.

XLII.

Seguí sin replicar con paso lento,
Henchido de contento,
Pensando siempre en mi ilusión sagrada.
En silencio subimos la colina,
Y al llegar, *Jorgelina*
Me invitó á penetrar en su morada.

XLIII.

Presas los tres de un mismo sentimiento,
Que aquí en mi pecho siento
Renacer al recuerdo de aquel día;
Ante un sagrado y viejo crucifijo
Imájen de Dios hijo,
Gracias dimos á Dios con alegría.

XLIV.

¡Cuántos momentos de inefable calma
Disfrutara mi alma
En ese hogar de paz y de ternura.
Por doquiera el placer me sonreía,
Y entonces no sentía,
Ni penas, ni desdichas, ni amargura!

XLV.

Por las mañanas, cuando el sol radioso,
 Espléndido y grandioso
 Sus primeros destellos reflejaba,
 Abandonando diligente el lecho,
 Dabá gracias mi pecho
 Al cielo, que tal bien le deparaba.

XLVI.

Luego á un jardín mi paso dirigía,
 Que cerca florecía,
 Donde el jazmín de nítida pureza
 Embalsamaba con su aroma el aire,
 Luciendo con donaire
 Sus pétalos de armiño y su belleza.

XLVII.

Al llegar, ya encontraba á *Jorgelina*,
 Que alguna clavelina
 Con ingépuá impaciencia me guardaba;
 Yo, arrancando un hermoso pensamiento,
 Radiante de contento,
 En sus manos feliz depositaba.

XLVIII.

Asomábanle entonces los sonrojos
A la faz, y sus ojos
Con lánguido mirar me agradecían;
Yo acallando la voz de mi conciencia,
Mostraba indiferencia
Mientras «amor» mis ojos repetían.

XLIX.

Pero ya resistir me era imposible,
Con fuerza irresistible,
Por revelarse mi pasión pugnaba;
Permanecer mi labio ya no pudo
Como hasta entonces mudo,
Mientras de amor el pecho desbordaba.

L.

Una mañana, en que irradiando bellos
Sus vívidos destellos
El viejo sol, sobre la tierra umbría,
Bañando con sus plácidos fulgores,
Las hojas y las flores
Que ufano el suelo por doquier lucía:

LI. •

Corrí al jardín. Espléndida y graciosa
Como el celaje rosa
De la aurora al nacer en la mañana,
Estaba allí mi bien, mi *Jorgelina*,
Aquella flor divina,
Del vergel de mi alma, soberana.

LII.

Me prosterné á sus pies, y de rodillas,
Con palabras sencillas,
La hablé de mis pasados sinsabores.
Oye, la dije, un ser en este mundo,
Con su mirar profundo
Logró calmar mis téticos dolores.

LIII.

Yo he sentido su voz, que dulcemente
Se apiadaba inocente
Del martirio que á mi alma torturara,
Yo he contemplado absorto su pupila,
Donde el amor rutila
Con brillar fulgurante que extasiara.

LIV.

Yo he mirado sus pálidas mejillas,
Y sólo, de rodillas
He rogado al Señor por su ventura,
Yo contemplé su rubia cabellera
Deslizarse hechicera
Por su espalda de espléndida escultura.

LV.

Yo he sentido el contacto de su mano,
Y un poder sobrehumano
Mi corazón amante ha estremeciera,
Y en las noches de insomnio el pecho mío,
Con loco desvarío
Conquistar su cariño pretendiera.

LVI.

Yo he libado en sus ojos celestiales,
Espléndidos raudales
De cariño indecible y sacrosanto,
Y muchas veces su tranquilo sueño,
Con celestial empeño
Arrullelo amoroso con mi canto.

LVII.

Y mil veces también, desesperado,
Frenético, he contado
Á estas flores que ves mi dulce anhelo.
¿No te han dicho mi bien que yo te adoro,
Que tú, eres mi tesoro,
Que eres mi único afán, que eres mi cielo.?

LVIII.

Y en esos pensamientos *Jorgelina*
Que en mi pasión divina
Tantas veces te diera, no encontraste
Algún destello de mi amor profundo;
No sabes que en el mundo
Á tu pecho mi bien me encadenaste.

LIX.

Que una palabra de tus labios, una,
Cual la encantada luna
Disipa las tinieblas de la noche,
Puede alegrar la oscuridad de mi alma,
Y volverle la calma?
¡Que mi amor no merezca tu reproche!

LX.

Ámame por piedad ¡oh! *Jorgelina*;
 Á mi pasión divina
No quieras ¡ay! que lllore desolado.
Yo te adoro mi bien, Dios lo ha querido,
 Ámame, te lo pido
Por lo que tengas tú de más sagrado!

LXI.

Calló mi labio y lágrimas ardientes
 Surcaron inclementes
Mi ya pálido rostro y demacrado.
Nada á mi alrededor me distraía,
 Pero ¡ay! que yo sentía
Mi afanes haberle confesado.

LXII.

Le ví correr entonces presurosa
 Hacia mí, y amorosa
Mis lágrimas secar con tierno anhelo.
¿Por qué lloras, me dijo, hace un instante
 Con acento vibrante
No me dijiste, dí, que era tu cielo?

LXIII.

¿No me has dicho afanoso que me quieres?
 ¡Ay! no te desesperes
 Que tus pesares con crueldad me matan.
 Yo te quiero también, mira mis ojos
 Que amantes, sin enojos,
 Mi amor divino con placer retratan.

LXIV

Yo te idolatro, deja que repita
 Esta frase bendita
 Ante Dios y los hombres ángel mío,
 Para halagar con ella mis sentidos,
 Que hasta ahora sumerjidos
 Han estado en continuo desvarío.

LXV

Há mucho tiempo que en silencio mi alma,
 Por conquistar la palma
 De ése cariño que tu pecho encierra
 Ha luchado incansante. Hoy ya me quieres;
 ¿No has a di otras mujeres
 Que me roben tu amor sobre la tierra?

LXVI.

¿El fuego que en tus ojos hoy fulgura ;
Esa hoguera, tan pura
Como la misma sonrosada aurora,
No se convertirá dime en cenizas,
Tus plácidas sonrisas
Dirán siempre que mi alma te enamora?

LXVII.

¿No olvidarás á la que te ama tanto,
Seré siempre tu encanto,
Tu idolatrado bien, tu *Jorgelina*;
No me engañes, tú sabes que te quiero,
Y que en el mundo entero
Eres la única luz que me ilumina!

LXVIII.

Yo escuchaba su acento enajenado,
Y torpe, no he llegado
Á comprender tan súbita mudanza.
Ella hasta entonces fría, indiferente,
Estalló de repente
En trasportes de amor y de esperanza!

LXIX.

É irradiando purísimos destellos
 De sus ojos, más bellos
 Que el mismo sol que en las alturas brilla;
 Dejó en mi labio un beso sacrosanto
 Con amoroso encanto,
 Y otro más en mi pálida mejilla.

LXX.

Fué el primer beso que me dió en la tierra;
 Fué el beso, que hoy encierra
 Todo el caudal de mi ilusión ya muerta,
 El desahogo de su pecho amante,
 Que deplora incesante
 Mi alma, al pesar y á la desdicha abierta!

LXXI.

Poco tiempo vertió su lumbre bella,
 La encantadora estrella
 Que inundara mi pecho de alegría,
 Porque envidiosa la maldita suerte,
 Quiso helar con la muerte
 Los sueños que forjó mi fantasía.

LXXII.

Y sucumbió la anciana, á los pesares
De su vida de azares
De maldecido y tétrico quebranto.
El ángel de bondad ya no existía;
Con su muerte, volvía
A nuestros ojos el acerbo llanto!

LXXIII.

Honda pena causó á mi *Jorgelina*,
La muerte repentina
Que á su adorada madre arrebatara,
Y el dardo de indecible desconsuelo,
Quiso aumentar el duelo
Que á su alma virginal le torturara.

LXXIV.

Vanas fueron mis súplicas fervientes,
Mis lágrimas ardientes
Vanas fueron también; era imposible
Calmar tanto dolor, desdicha tanta;
Aun mi alma se espanta
Al recordar su pena indescriptible!

LXXV.

Presa del más amargo sufrimiento,
Seguía con paso lento
Á su adorada madre hacia la tumba.
Yo al verle triste, al cielo levantaba
Mis preces, y exclamaba:
¿Por qué Señor permites que sucumba!

LXXVI.

La ciencia, por mi mal era impotente,
Y ese ángel inocente
Iba á desaparecer de mi camino,
Y yo quedaría solo, abandonado,
Cruzaría desolado
¡Ay! la existencia sin mi bien divino!

LXXVII.

Llegó por fin del sacrificio el día;
El médico salía
De dó estaba el encanto de mi vida,
Y viniendo hacia mi, con grave acento
Me dijo: lo lamento;
Ya toda mi esperanza está perdida!

LXXVIII.

Yo entré desesperado y el semblante
Contemplé delirante
De mi adorada *Jorgelina* un rato.
El llanto heló mis pálidas mejillas,
É hincado de rodillas
Lloré el designio del destino ingrato,

LXXIX.

Me adelanté después hasta su lecho,
Y en lágrimas deshecho
Posé mi labio en su mármórea tregente.
Ella miróme extática un momento,
Leyendo el sufrimiento
Que expresaba mi llanto febriciente.

LXXX.

Entonce incorporándose me dijo:
No llores, te lo exijo
En nombre del Señor que hacia él me llama.
Voy á morir lo sé, pero antes quiero
Decirte, que te espero
Donde mi madre por su hija clama.

LXXXI.

Voy á morir, y en mi postrer momento,
Un solo pensamiento
Me abruma de pesar, me desespera:
Sufro ¡Sufro al dejarte abandonado,
En brazos entregado
¡Ay! de la suerte maldecida y fiera!

LXXXII.

Yo sé que tu alma de dolor transida,
Soportará en la vida
El pesar de mi muerte, que hoy te aterra,
Yo sé que el llanto inundará tus ojos,
Y que tan solo abrojos
Cosecharás en la maldita tierra.

LXXXIII.

Yo sé que nunca encontrarás consuelo;
Y que nadie en el suelo
Cautivará tu corazón ya mío,
Sé que sumido en eternal delirio,
Llorarás tu martirio
Sólo y triste, en continuo desvarío.

LXXXIV.

Y yo me voy allá, donde fulgura
La paz y la ventura
Sin poder endulzar tu sufrimiento!
Qué hacer Señor, qué hacer, para que en su alma
Vuelva á brillar la calma
Y su perdida dicha y su contento!

LXXXV.

¡Ay de mi! que pretendo inutilmente
Amengüar el ardiente
Y el horrible pesar que te devora!
Consuélate mi bien... Adiós... me muerdo...
Recuerda que te espero
Donde inefable paz tan solo mora.

LXXXVI.

Dijo y dejó caer sobre la almohada
Su cabeza adorada
Al fatídico golpe de la muerte.
No sé después lo que pasó; el sentido
Perdí, y sumerjido
En profundo letargo quedé inerte.

LXXXVII.

A la mañana del siguiente día,
 Cuando ya en mí volvía
Y la razón de nuevo recobraba,
Busqué de *Jorgelina* el cuerpo inerte
 Helado por la muerte,
Pero no lo encontré.... ¿dónde se hallaba?

LXXXVIII.

Mil ideas terribles me asaltaron.
 ¿Por qué me la robaron!
Grité con voz que parecía un gemido,
Y sintiendo en mis hombros una mano:
 Volvíme, era un anciano
Que descifró el enigma, entristecido.

LXXXIX.

Era el cristiano cura de la villa,
 Alma noble y sencilla
Que al saber de mi bien la infausta suerte,
Corrió á la casa con vehemente anhelo,
 A derramar consuelo
En mi alma, destrozada por la muerte.

XC.

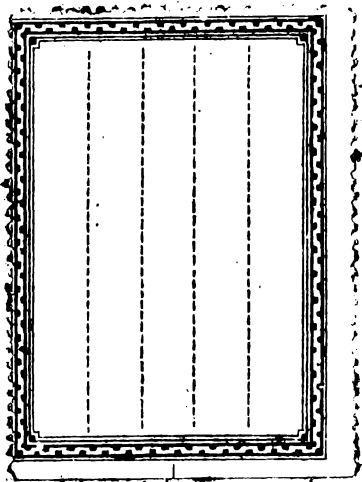
Joyca, me dijo, mira, allí descansa
La que fué tu esperanza,
(Y señaló el lugar del Cementerio.)
Yace junto á su madre idolatrada
Su cuerpo, y su alma alada
Voló por siempre al Celestial Imperio.

.....

XCI.

Desde entonces acá, vagó al acaso,
Sin rumbo vá mi paso,
Fijo en la mente éste recuerdo triste.
No pruebo sino penas y amarguras;
Murieron mis venturas
Desde que al cielo *Jorgelina* fuiste!

FIN.



Margdalena Chiriquí

Margdalena Chiriquí

